

se encontrarán soluciones tan perfectas como las de nuestra veneranda ley de Aguas.

Porque entre portugueses y españoles no es la necesidad económica, como entre otras naciones, la única que debe ser tomada en cuenta. Al lazo material de la Geografía únese también el lazo espiritual de la cultura, del que han dado gallarda muestra en Cádiz el mes último en el Congreso allí reunido y que es el cuarto de los organizados por las Asociaciones para el Progreso de las Ciencias de ambos países.

Los dos pueblos empiezan a comprenderse, y síntomas evidentes de aproximación se notan de día en día que van borrando recelos y suspicacias sin ningún fundamento serio. Labórase así por la rectificación de varios siglos de Historia infortunada.

Rectificación he dicho, pero he dicho mal; la Historia no puede rectificarse; los hechos dejan siempre su huella indeleble en el surco que abrieron los siglos, y así como lo muerto no puede vivir, las vivas realidades se imponen con fuerza incontrastable a la voluntad de los hombres.

Por incomprensiones mutuas y por codicias extrañas, fracasó el ideal de reunir en una nación única los dos pueblos peninsulares, y nadie piensa hoy en fusiones ni en absorciones, incompatibles con su personalidad y con su soberanía, que impusieron su actuación independiente en el más grande de los hechos que registran los fastos de la civilización en la historia moderna.

Ni fusión ni absorción, pero sí cordialidad y confianza y viva simpatía, que sean la base de una acción paralela y de unos intereses concertados.

Perdieron su virtualidad las conquistas de la espada y las artificiosas construcciones ideológicas, que no tienen más base que abstractos principios y aspiraciones quiméricas. Las exterioridades engañan a veces, pero, en el fondo, la Historia es el dominio de lo espontáneo. Pues bien, por encima de las soberanías nacionales y sin detrimento de ellas, otras formas de comunidad más amplias tienden a dibujarse, aunque sus líneas precisas

aparezcan envueltas todavía en la bruma del horizonte del pensamiento. No queramos prematuramente fijarlas; pongamos de nuestra parte la efusión de los sentimientos y la pureza de las intenciones, para que la evolución que se prepara, guiada por la fuerza inevitable de las cosas, se resuelva en el sentido del vigor y de la grandeza de la raza.

De esta raza, que no es ya nuestro exclusivo patrimonio. Estamos entre hermanos, y en esta fiesta íntima debemos dirigir un recuerdo cariñoso a la familia ausente. Por la redondez del mundo la sangre portuguesa y española hizo brotar pueblos nuevos e infundió renovado vigor a antiguas razas; que ellos estén también presentes es nuestro pensamiento y puedan inspirarle inquebrantable confianza en los destinos del porvenir.

Pero hemos ido quizá demasiado lejos al desarrollar estas sugerencias con motivo de un modesto Congreso de Riegos. Tal vez no huelgan del todo, porque vendrían a demostrar que aquel negro pesimismo de Silvela debía ceder el puesto a visiones más halagadoras, y que aquella política hidráulica no era sólo una política de intereses materiales, mezquina y egoísta, sino que encerraba gérmenes fecundos para el desarrollo de grandes intereses morales y nacionales y que, desbordando aun nuestras propias fronteras, nos pone en contacto con los intereses más altos de la raza y de la Humanidad.

Convenía hacerlo constar así, y la Comisión permanente de los Congresos de Riego se congratula de poder señalar los primeros síntomas tan espontáneamente surgidos en este Congreso de Barcelona, que habrá que señalar con piedra blanca en la serie de nuestros Congresos.

Sólo falta, y así es seguro que ocurrirá, que los hombres que nos gobiernan sepan sacar las consecuencias, convirtiéndolas en soluciones prácticas, hasta donde lo consientan los recursos del Poder y los dictados de su patriotismo.

La arquitectura de la Ciudad Universitaria

Parece que ahora va de veras la erección de la Ciudad Universitaria de Madrid, gracias al gran impulso que la idea ha recibido de S. M. el Rey con ocasión del XXV aniversario de sus bodas de plata con la Constitución española.

Es oportuno, con este motivo, transcribir algunas ideas del artículo de Eugène François, publicado en *Annales des Travaux Publics de Belgique*, que, desde otro punto de vista, glosamos en un número anterior de esta REVISTA.

Se transcribe, al propósito que ahora nos anima, lo que decía el gran literato francés Barrés:

"No es preciso, cuando se está en vena de proteger la ciencia, ofrecerle un monumento; la ciencia es cosa moviente, en incesante devenir, y sus necesidades no son al día siguiente las de la víspera; muy pronto un palacio se convierte en prisión. ¿Existe morada más arquitectural que la Sorbona? Nuestros sabios están unánimes en querer evadirse; reclaman espacio y luz, claras galerías extensibles, transformables y de estilo "taller". Obligados a construir, vengan laboratorios de hormigón armado, en vastos terrenos, y no construcciones pesadas, costosas. Sobre el *Mont Sainte Geneviève* se ha gastado en bellas piedras sumas considerables; hacen falta laboratorios industriales, como en las fábricas, en vastos terrenos, repito.

para ampliarlos, y laboratorios poco costosos para. si conviene demolerlos, transformarlos. Suntuosas fachadas ocultan muchas miserias, y tanta ostentación cuesta precios locos. No hagamos monumentos, sino construcciones sencillas, adaptadas a las necesidades; gastemos mejor en instrumentos y en personal; apárratos costosos y no piedras."

Los hechos han demostrado estas sugerencias de Barrés, y puesto que es preciso descontar en la construcción de laboratorios, su transformación parcial, tal vez decenal, y reapropiación más o menos total posiblemente treintenar, vale mejor construir pronto y barato talleres, laboratorios y locales extensibles y modificables, que consagrar tres veces más de tiempo y tres veces más de dinero y de intereses intercalarios, edificando monumentos inmutables y seculares. Una Escuela técnica moderna no es asimilable a una catedral, un palacio de justicia o de Bellas Artes. ¿Cuánto espacio perdido y mal empleado en estos monumentos! La economía realizada se utilizará mejor en asignaciones al personal, en instrumentos, aparatos y productos necesarios en las investigaciones.

* * *

La arquitectura actual debe partir de las condiciones económicas y técnicas de esta época, que exige imperio-

samente, que el tiempo y el dinero sean economizados; estas condiciones son implacables y no hay doctrina sentimental que prevalezca contra ellas. El hierro había ya creado un malestar entre el constructor y las tradiciones arquitectónicas inspiradas en los materiales petreos; las primeras columnas de hierro fundido fueron adornadas con capiteles corintios, y las estructuras metálicas en su origen se ornamentaron con motivos florales.

Con el hormigón armado ha crecido el malestar indicado, hasta llegar a la impotencia y al desorden mas grandes. ¿Es admisible que los arquitectos, inspirándose en reglas de épocas fenecidas, imaginen *a priori* formas caprichosas, sin preocuparse de cómo el ingeniero se arreglará para hacerlas constructivas, y que los artistas-arqueólogos, plerónicos de recuerdos, tengan la pretensión de crear con toda libertad las formas del hormigón armado? Las formas fundamentales han de dictarse por los materiales; el hecho técnico debe preceder a todo, para deducir de su acción consecuencias plásticas imperativas y transformaciones estéticas radicales. Los estilos pasados apenas tienen relación con la arquitectura actual. Siempre que una época no ha elaborado un sistema, el momento arquitectural no se ha producido. Dicho sistema encierra la solución rigurosa de un problema de estética, y a cada modo de estructura corresponde una arquitectura especial.

Un edificio de hormigón armado tiene una forma característica obligada. En la fachada presenta la figura de una enorme parrilla de elementos verticales y horizontales, que dejan entre sí grandes vacíos rectangulares. Nada de muros gruesos, que sean el órgano resistente, sino simples rellenos exteriores, delgados, de preferencia dobles, y tabiques interiores; nada de cubiertas inclinadas, con vanos aguadillados y cornisas, sino terrazas planas; nada de huecos desarrollados en alto, sino en anchura.

Reina todavía demasiada divergencia entre las grandes líneas orgánicas, obra científica del ingeniero, y la decoración, obra del arquitecto, impregnada de un clasicismo, que data de la edad de la piedra. Pero pronto vendrá el cansancio del encanto abrumador y fútil de la decoración, y entonces nos encontraremos ante lo único seductor: lo definido, lo puro, la cosa clara, dura, si se quiere, pero implacablemente lógica.

Será este estado de espíritu de orden geométrico, matemático, el que se haga dueño de los destinos del arte arquitectónico. El hormigón armado da el medio de proseguir la ascensión hacia la geometría, que restauró el Renacimiento, y esta ascensión constituirá bien pronto un principio fundamental de nuestro goce estético. La tendencia del espíritu es llegar a soluciones simples; la sencillez es la aspiración del trabajo del espíritu y del cuidado de economía, y conviene dar a esta palabra el más alto valor, para que tenga la más alta significación. Las soluciones económicas se imponen. Lo grande es sencillo.

La arquitectura derivada del arte decorativo morirá, por no tener nada de verdadera; será aplastada por el objeto útil. Hay que hacerse a la idea de que todo ha cambiado, que nada subsistirá, que nada volverá; un espíritu nuevo, fuerte, pasa por encima de todas las costumbres y tradiciones. Hay que hacerse al aspecto pobre de una arquitectura muy técnica, muy geométrica, y habituarse a las fachadas uni-

formes, planas, sin cornisas, con vanos desarrollados en sentido horizontal, de las construcciones de hormigón armado. Preparémonos a admitir un arte formado de elementos geométricos y que aspire a goces matemáticos.

Se siente cada vez menos el placer de contemplar una decoración ilógica y pueril, destinada a ocultar la estructura del hormigón armado: bóvedas sin estribos, que es preciso sostener por artificios; piedras adheridas o pantallas de ladrillos para tapar muros o pilastras de hormigón armado; piedras macizas que nada soportan; pesados meniles y anchos travesaños de ventana que quitan luz, sin responder a necesidades constructivas; torres y pylonos caprichosos, etcétera. El arte debe ser verdad, y estos disimulos le roban sinceridad. Admirémos el pasado, preservémosle, pero no pretendamos su resurrección imposible. ¿No se asombraba Víctor Hugo de que las locomotoras se cuidasen tan poco del arte y no tuvieran la apariencia de dragones o monstruos vomitando humo? ¿No se ha habituado nuestra vista a la sobriedad de líneas de las locomotoras y los autos?

¿Quién habla semejante lenguaje? Pues el reputado arquitecto parisiense M. Le Corbusier. La revelación del nuevo estilo en gestación no puede, en efecto, venir sino de arquitectos sensibles a las emociones de arte y dotados del sentido de la medida y de las proporciones. Su sensibilidad visual destacará las líneas armoniosas, que acusen las estructuras de hormigón armado, borrando las que contengan exceso de dureza, de severidad y de sequedad.

* * *

Las ideas anteriormente transcritas, del artículo de Mr. E. François, han pasado a la categoría de tópicos en el arte arquitectónico actual, y aunque nuestros arquitectos las repiten también en artículos y discursos académicos, en general, no las practican en sus obras.

Actualmente, en la misma capital, están surgiendo algunos edificios públicos, insensibles al progreso de la técnica constructiva. Otros, mientras se elevan airosos, de acuerdo con los materiales y los medios modernos, dan la sensación estética de una armonía entre las formas y el cálculo del que surgieron; pero a medida que el edificio se ultima esta emoción se borra, por una especie de conjura en que se alían las fábricas clásicas de mármol, sillería y hasta de humilde ladrillo—engreído por su rancio abolengo—para tapar, con formas anticuadas y postizas, las que de un modo espontáneo aparecieron henchidas de modernidad durante el período transitorio de la construcción.

La Ciudad Universitaria, con recursos que se inician abundantes, se va a levantar en uno de los más bellos lugares de las afueras de Madrid, y sería sensible que no se ajustase a las sanas ideas anteriormente expuestas. Sin pretender que los radicalismos del arquitecto citado Le Corbusier, expuestos en sus campañas y en sus libros *Vers une Architecture* y *Urbanisme*, se apliquen a las ciudades formadas, cabe tenerlos en cuenta en la nueva Ciudad Universitaria, la que, además de este problema concreto de arte, ofrece otros muchos, que requieren la intervención y el dominio de múltiples especialidades de la ciencia y el arte.

V. M.